

Decir la verdad, pero no siempre

Les di leche porque no podían asimilar alimento sólido, ni pueden todavía (1 Corintios 3: 2).

ESTE ASUNTO DE OCULTAR LA VERDAD con fines de engaño, que es violación del noveno mandamiento, está relacionado con el hecho de no decir toda la verdad. ¿Se considera violación del mandamiento no decir toda la verdad en toda circunstancia? Evidentemente no. La obligación moral de decir la verdad no necesariamente implica que se debe decir toda la verdad en todo momento. Nuestro Señor dijo en una ocasión: «Muchas cosas me quedan aún por decirles, que por ahora no podrían soportar» (Juan 16: 12). En la situación en la que sus discípulos se encontraban, no era prudente que Jesús les dijera toda la verdad. Por amor a ellos retuvo cierta información que no les haría bien en ese momento. Posteriormente, el Espíritu les revelaría toda la verdad.

Es interesante que Jesús nunca se refiriera a sí mismo, en público, como el Mesías o el Hijo de David, que era otra manera de decir lo mismo. Tampoco se presentó como rey de Israel, aunque era ambas cosas. Pero puesto que esos términos se hallaban tan saturados de nacionalismo y política, los eludió en forma consciente y premeditada. Era una gran verdad, pero sus coterráneos la habrían entendido mal. Solo a pocas personas se las dijo en privado. No siempre se puede decir toda la verdad sin causar dolor y rechazo. Pero no debe confundirse con la negación de la verdad.

A los médicos y enfermeros se les dio una vez este consejo: «Tampoco se les puede decir siempre toda la verdad a aquellos cuyas dolencias son en buena parte imaginarias. [...] Si a estos pacientes se les dijera la verdad respecto de sí mismos, algunos se darían por ofendidos y otros se desalentarían. Cristo dijo a sus discípulos: “Aún tengo muchas cosas que decirlos, mas ahora no las podéis llevar” (Juan 16: 12). Pero si bien la verdad no puede decirse en toda ocasión, nunca es necesario ni lícito engañar. Nunca debe el médico o el enfermero rebajarse al punto de mentir» (*El ministerio de curación*, p. 189).

Mentira de patas cortas

Los labios sinceros permanecen para siempre, pero la lengua mentirosa dura solo un instante (Proverbios 12: 19).

EL CRISTIANO DEBE SER MOTIVADO por una pasión por la verdad. Es un representante del Dios de verdad, y no debe dar falso testimonio en ningún sentido. Debe amar la verdad, porque es la que da libertad (Juan 8: 32). Debe llegar al conocimiento de la verdad (1 Tim. 2: 4) y ser obediente a ella (1 Ped. 1: 22). Debe ser santificado por la verdad (Juan 17: 19), y tener el Espíritu que lo guía a toda verdad (Juan 16: 13). Debe dar testimonio de la verdad (Juan 18: 37) y este será presentado con amor (Efe. 4: 15). El amor será el amor de la verdad (2 Tes. 2: 10). Se nos dice: «Dios no solo desea una conformidad exterior con la verdad; desea que haya verdad “en lo íntimo”, en el corazón (Sal. 51: 6; 15: 2)» (*Comentario bíblico adventista*, t. 1, p. 751; comentario de Lev. 6: 4).

Probablemente el espíritu de este mandamiento es uno de los más violados en el mundo actual. Se requiere gran cuidado para mantenerse del lado de la verdad. Resulta fácil decir lo que no es cierto.

Reflexionemos en esta declaración: «Ni siquiera la existencia debiera comprarse al precio de la mentira. Por una palabra o una inclinación de la cabeza los mártires podrían haber negado la verdad y salvado la vida. Consintiendo en arrojar un solo grano de incienso sobre el altar del ídolo, podrían haberse salvado del potro, el cadalso y la cruz. Pero se negaron a ser falsos en palabra o en acción, aunque la vida fuese el don que ello les hubiese granjeado. Daban la bienvenida a la prisión, la tortura y la muerte, con la conciencia limpia, más bien que a la liberación a condición de engañar, mentir y apostatar. Por la fidelidad y la fe en Cristo, obtuvieron mantos sin mancha, coronas enjoyadas. Sus vidas fueron ennoblecidas y elevadas a la vista de Dios, porque permanecieron firmes por la verdad en las circunstancias más graves» (*Joyas de los testimonios*, t. 2, p. 71).

El décimo mandamiento

No codicies la casa de tu prójimo: No codicies su esposa, ni su esclavo, ni su esclava, ni su buey, ni su burro, ni nada que le pertenezca (Éxo. 20: 17).

ESTE ES EL MANDAMIENTO MÁS AMPLIO y profundo del Decálogo. No describe el pecado en términos de acciones, sino que se refiere a él como el deseo desmedido. Nos dice que el pecado puede referirse al pensamiento y no solo a los actos.

¿Qué significa “codiciar”? Desear con ansia; la codicia es el deseo exagerado por algo o alguien. El mandamiento se enfoca en la prohibición del deseo exagerado de las propiedades de otro. Prohíbe el deseo desordenado que se concentra en lo que pertenece a otro. Por lo tanto, este mandamiento no alude a un acto, sino a un pecado mental. Es, entonces, un mandamiento que va a la raíz del problema del pecado en la vida humana, pues prohíbe el deseo egoísta, que engendra el acto pecaminoso.

En este sentido, el décimo mandamiento se refiere a todos los mandamientos del Decálogo, pues cada uno de ellos puede ser violado en la mente antes de que se realice el pecado. En cierta forma, cuando codiciamos estamos atentando contra cada uno de esos mandamientos.

Este mandamiento del Decálogo representa un avance notable sobre los otros códigos de leyes antiguas que conocemos. Esos códigos se referían a las acciones de las personas, y algunos de ellos regulaban el uso de palabras, pero ninguno pretendió regular los pensamientos de las personas. Esto, obviamente, se debía al hecho de que eran códigos de leyes penales, que legislaba sobre la acción mala e indicaba el castigo correspondiente. La violación de este mandamiento no se podía probar en una corte, de allí que no existiera en ningún código humano. Pero el caso de la ley de Dios es distinto. Dios sí puede leer el pensamiento y los motivos, razón por la cual lo incluyó en su ley. Por lo tanto, este mandamiento condena los motivos que rigen la conducta humana, y de este modo se convierte en el mandamiento más espiritual de todos.

Último pero primero

*En el desierto cedieron a sus propios deseos;
en los páramos pusieron a prueba a Dios (Salmo 106: 14).*

EL DÉCIMO MANDAMIENTO va a la raíz del pecado en la vida humana, porque regula los motivos y los pensamientos que llevan al acto pecaminoso. Dios pudo incluirlo en el Decálogo porque él puede leer los pensamientos, y, por lo tanto, puede saber quiénes violan ese mandamiento. Recordemos lo que Dios dijo a Samuel: «No te dejes impresionar por su apariencia ni por su estatura, pues yo lo he rechazado. La gente se fija en las apariencias, pero yo me fijo en el corazón» (1 Sam. 16: 7).

Este mandamiento enseña que no solo somos responsables delante de Dios por nuestros actos sino también por nuestros motivos y pensamientos. Dios sabe que el deseo pecaminoso lleva a la acción mala y nos previene. Santiago escribió: «Todo lo contrario, cada uno es tentado cuando sus propios malos deseos lo arrastran y seducen. Luego, cuando el deseo ha concebido, engendra el pecado; y el pecado, una vez que ha sido consumado, da a luz la muerte» (Sant. 1: 14, 15).

Pero, ¿qué produce un deseo enfermizo por las propiedades de los otros? Obviamente, la codicia se nutre de la insatisfacción personal, del no estar contento con lo que se tiene. Como cristianos debemos aprender a estar satisfechos y contentos con lo que Dios nos ha dado. San Pablo decía: «No digo esto porque esté necesitado, pues he aprendido a estar satisfecho en cualquier situación en que me encuentre. Sé lo que es vivir en la pobreza, y lo que es vivir en la abundancia. He aprendido a vivir en todas y cada una de las circunstancias, tanto a quedar saciado como a pasar hambre, a tener de sobra como a sufrir escasez. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Fil. 4: 11-13). Aquí está el secreto para evitar la codicia: Aprender a vivir contentos con lo que tenemos. Cuando nos concentramos en lo que otros tienen que nosotros no, podemos caer presas del deseo y la codicia.

Secretos que matan

*La justicia libra a los justos, pero la codicia atrapa a los falsos
(Proverbios 11: 6).*

LA HISTORIA DE NAAMÁN, EL GENERAL sirio que fue a que lo sanara el profeta Eliseo, es un relato que nos habla del poder de una fe que salva. Pero también contiene una lección adicional muy importante: la codicia produce la ruina de las personas.

Naamán quiso recompensar a Eliseo por haberlo sanado de la lepra, y le ofreció muchos regalos: plata, oro y ropas, cosas muy apreciadas en todos los tiempos. Eliseo las rechazó, y dio las gracias al general sirio, porque no quería que la fe de Naamán se enturbiara con el pensamiento de que los siervos de Dios hacen milagros por amor a lo material. Pero el siervo de Eliseo, Giezi, pensó que su amo había sido necio al rechazar los regalos que se le ofrecieron. Cuando Naamán se había ido, Giezi lo alcanzó, sin que lo supiera Eliseo, y le pidió algunos de los regalos que Naamán había traído, bajo pretexto de que eran para estudiantes que habían llegado a visitarlos. Luego los escondió para que no los viera Eliseo. El relato concluye: «Entonces Giezi se presentó ante su amo. “¿De dónde vienes, Giezi?”, le preguntó Eliseo. “Su servidor no ha ido a ninguna parte”, respondió Giezi. Eliseo replicó: “¿No estaba yo presente en espíritu cuando aquel hombre se bajó de su carro para recibirte? ¿Acaso es este el momento de recibir dinero y ropa, huertos y viñedos, ovejas y bueyes, criados y criadas? Ahora la lepra de Naamán se les pegará a ti y a tus descendientes para siempre”. No bien había salido Giezi de la presencia de Eliseo cuando ya estaba blanco como la nieve por causa de la lepra» (2 Reyes 5: 25-27). «Cegado por la avaricia, Giezi se dispuso a recibir el pago por servicios que él no había prestado, de parte de un hombre del cual Eliseo creía que no debía aceptar nada» (*Comentario bíblico adventista*, t. 2, p. 875). Giezi procuró ocultar su avaricia con una mentira, enredándose más en el pecado.

Ambiciones que matan

Con la verdadera religión se obtienen grandes ganancias, pero solo si uno está satisfecho con lo que tiene (1 Timoteo 6: 6).

OTRO EJEMPLO TRISTE DE ALGUIEN codicioso es el caso lamentable de Balaam. Había sido honrado por Dios como su mensajero entre los paganos, pero poco a poco había sucumbido a la influencia de la avaricia. Cuando Balac le ofreció riqueza y honores a cambio de pronunciar encantamientos contra Israel, Balaam vio la oportunidad de enriquecerse. «El soborno de los regalos costosos y de la exaltación en perspectiva excitaron su codicia. Ávidamente aceptó los tesoros ofrecidos, y luego, aunque profesando obedecer estrictamente a la voluntad de Dios, trató de cumplir los deseos de Balac. El pecado de la avaricia que, según la declaración divina, es idolatría, le hacía buscar ventajas temporales, y por ese solo defecto, Satanás llegó a dominarlo por completo. Esto ocasionó su ruina» (*Patriarcas y profetas*, pp. 468, 469).

La codicia trae la ruina de las personas. Grandes hombres del pasado han caído por la codicia. Siervos de Dios que han sido honrados por el cielo con talentos y aptitudes para hacer mucho bien, se han incapacitado por causa de la codicia.

La Biblia también nos habla del lamentable caso de Acán, en tiempos de la conquista de Jericó. Esta ciudad había sido destinada a la destrucción total. Nada de ella debía tomarse. Esas eran las órdenes expresas y claras de Dios. Pero Acán, víctima de la codicia, violó este mandato y se apoderó de un lingote de oro y un manto babilónico que encontró en algún lugar durante la toma de la ciudad. Ceder a la codicia le ocasionó la ruina. Fue descubierto por el Señor después de haber perjudicado a sus hermanos y deshonrado el nombre de Dios. «Acán había escuchado las advertencias frecuentemente repetidas contra el pecado de la codicia. La ley de Dios, clara y positiva, había prohibido el robo y todo engaño, pero él continuó acariciando el pecado. Como no fue descubierto y reprendido abiertamente, se hizo más osado; las advertencias tuvieron cada vez menos efecto en él, hasta que su alma estuvo sujeta por cadenas de oscuridad» (*Conflicto y valor*, p. 119).

Judas

Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón (Mateo 6: 21).

TAL VEZ EL CASO MÁS NOTABLE DE CODICIA en la fe cristiana sea el ejemplo de Judas Iscariote, discípulo de Jesús, quien por causa de la codicia se convirtió en el traidor del Maestro. Al igual que los casos anteriores, también terminó en la ruina. Judas tenía un fuerte apego al dinero, y la razón por la que se unió a Jesús debió haber sido para lograr un puesto importante en el reino que, según creía, Jesús muy pronto iba a establecer. El Señor se dio cuenta de esta inclinación de Judas, y trató por varios medios de influir sobre él para que venciera la codicia: «¡Cuán tiernamente obró el Salvador con aquel que había de entregarle! En sus enseñanzas, Jesús se espaciaba en los principios de la benevolencia que herían la misma raíz de la avaricia. Presentó a Judas el odioso carácter de la codicia, y más de una vez el discípulo se dio cuenta de que su carácter había sido pintado y su pecado señalado; pero no quería confesar ni abandonar su iniquidad» (*El Deseado de todas las gentes*, p. 261).

«Cuando María ungió los pies del Salvador, Judas manifestó su disposición codiciosa. Bajo el reproche de Jesús, su espíritu se transformó en hiel. El orgullo herido y el deseo de venganza quebrantaron las barreras, y la codicia durante tanto tiempo alimentada le dominó. Así sucederá a todo aquel que persista en mantener trato con el pecado. Cuando no se resisten y vencen los elementos de la depravación, responden ellos a la tentación de Satanás y el alma es llevada cautiva a su voluntad» (*El Deseado de todas las gentes*, p. 667). Se puede decir que la sogá con la que se colgó Judas fue la sogá de la codicia. Es la misma que ocasiona la ruina de muchos de los que pretenden servir al Señor.

El carácter cristiano no puede estar completo cuando hay egoísmo y codicia. Ningún codicioso podrá entrar por las puertas de la ciudad de Dios, porque la codicia es idolatría. Pero la clase de idolatría más perversa es la del yo.